

Neozapatismo e infrapolítica en la Alemania unificada

RESUMEN

En el presente artículo se propone incluir el concepto de infrapolítica en el estudio de tipos de acción colectiva contenciosa como son los movimientos sociales. A partir de la revisión de algunas prácticas de actores que permanecen o pertenecieron a un sector del neozapatismo en Alemania, la infrapolítica puede entenderse como un trabajo disperso y a pequeña escala que genera cambios notables desde abajo, en contextos sumamente adversos. La utilidad del concepto estará en explicar el paso de prácticas de resistencia cotidiana a otras abiertas y públicas. Las pruebas empíricas que sustentan estos supuestos se extrajeron de un estudio comparativo en tres países en los que se trabajó con integrantes de varios colectivos aliados y exaliados del movimiento, en distintos momentos, desde 2010 hasta 2016. El artículo concluye exponiendo que en las prácticas de los actores colectivos se concilian medios y fines de la acción social dentro de contextos diferenciados en los que se aprovechan recursos tanto para resolver necesidades y problemas como para construir proyectos amplios de cambio social

PALABRAS CLAVE

Infrapolítica, neozapatismo, Alemania, izquierda extraparlamentaria.

DR. MARCO ANTONIO ARANDA

Universidad Autónoma de Nuevo León

aranda.estudios@gmail.com

ABSTRACT

In this article, a proposal to include the concept of infrapolitics to the study of types of contentious collective action such as social movements is presented. From the analysis of some practices of actors that remain or belonged to a sector of neozapatismo in Germany, infrapolitics can be understood as a scattered and small-scale work that generates remarkable changes from below in extremely adverse contexts. The usefulness of the concept lies in its potential for explaining the transition from daily life. The empirical evidence supporting these assumptions was extracted from a comparative study which took place in three countries in which members of some allied and exallied groups of the movement were interviewed during the 2010-2016 period. The article concludes by stating that in the practices of collective actors, resources and orientations of social action are reconciled within different contexts in which resources are used both to solve needs and problems and to build broad projects of social change.

KEY WORDS

Infrapolitics, neozapatism, Germany, extra-parliamentary left.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, algunos tipos de resistencia cotidiana que no están articulados de manera pública con demandas políticas o con esfuerzos de organización sumamente formalizados, han sido objeto de atención en diversos campos que abarcan desde los análisis posestructuralistas y del campesinado, hasta los estudios feministas, *queer*, subalternos y culturalistas, principalmente (Johansson y Vinthagen, 2013; 2014). El concepto de infrapolítica se inscribe como un tipo de estas resistencias cotidianas e informales, enfocadas primeramente por James Scott a mediados de los años ochenta del siglo xx.

Con propiedad, la infrapolítica no podría asociarse a formas de movilización y organización públicas y sostenidas como las que se presentan en la acción colectiva contenciosa a través de las relaciones que tejen actores como los movimientos sociales. Sin embargo, en este artículo propondré que en contextos adversos en donde el desafío contencioso público resulta riesgoso, ciertas formas de infrapolítica pueden no sólo identificarse sino contribuir, desde la huida o a partir de ciertos contactos ventajosos con el Estado, a alcanzar los propósitos del movimiento social, en este caso.

Para apoyar esta afirmación, me valdré en adelante de las prácticas que han desarrollado actores que pertenecen o pertenecieron al movimiento neozapatista en Alemania, en diferentes momentos dentro de un sistema político excluyente y represivo de la izquierda extraparlamentaria de la cual forman parte. Con el objetivo de mostrar que la infrapolítica en el campo de la acción colectiva contenciosa puede entenderse como un trabajo disperso y a pequeña escala en donde se conjugan los aspectos estratégicos y normativos de la acción social, daré cuenta, en primer lugar, de algunos aspectos conceptuales que sirvan para sostener mi propuesta. Después, me ocuparé de caracterizar la historia y los rasgos de un contexto político adverso para la izquierda extraparlamentaria alemana con el fin de, en un tercer momento, concentrarme en el caso neozapatista en el país. Finalmente, concluiré este trabajo con la exposición de consideraciones generales acerca de la inclusión de la infrapolítica dentro del campo de estudio de los movimientos sociales.

HACIA UNA CONCEPTUACIÓN DE LA INFRAPOLÍTICA PARA LA ACCIÓN COLECTIVA CONTENCIOSA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En el estudio que James Scott (2009) realizó sobre la gente de los valles y las montañas de una zona que comparten siete países asiáticos denominada Zomia, se sostiene una premisa que buscaré trasladar aquí para el caso del neozapatismo en Alemania, con sus debidas precauciones. Se trata de mostrar que

muchas formas de vida, tipos de organización social, ideologías y ciertas manifestaciones culturales que los Estados buscan capturar o reprimir mediante los impuestos, la conscripción, el trabajo o a través de distintas condiciones de servidumbre, pueden leerse como estrategias emprendidas por una multiplicidad de actores que quieren evitar ser gobernados manteniendo al Estado fuera.

Para los nómadas de Zomia, quienes realizan actos de desobediencia silenciosos y anónimos dado que el desafío público en los distintos países que la componen es muy peligroso (Scott, 2009; 2012), la huida del Estado significa la práctica de una movilidad humana que se disuelve constantemente, que se divide, se relocaliza, fusiona o reconstituye aquí y allá echando mano de alianzas poco duraderas o contingentes cuya premisa es simplificar la estructura social para impedir ser capturada y gobernada (Scott, 2009).

En estas dinámicas de migración y organización política realizadas por grupos cuya identidad es continuamente estigmatizada por motivos raciales, religiosos, de clase o de formas culturales de situarse en el mundo, huir de la dominación no significa necesariamente el abstenerse de entablar tipos distintos de relaciones con las zonas centrales (grandes Estados o sociedades) que son muy ventajosas para ellos, en términos políticos o comerciales, por ejemplo. Para Scott (2012), el contacto con el Estado y la huida de éste son productos de estrategias que componen lo que él denomina su *infrapolítica*. Según el autor, esta gente subordinada ha entendido que la división, los pequeños grupos y la dispersión les permiten tanto evadir la represión como trabajar en escalas diminutas mediante la cooperación y la complicidad, aspectos que generan cambios políticos desde abajo sustentados en la mutualidad, la cotidianidad, así como en una especie de horizontalidad que mantiene, bajo concepciones estratégicas también, la jerarquía fuera (Scott, 2009).

Si consideramos las numerosas diferencias que distinguen a los grupos de Zomia de los actores que participan en el neozapatismo en diversas latitudes, culturas y tiempos históricos, se pueden retomar algunas aportaciones de Scott y de otros autores para ilustrar cómo la resistencia (y el combate) de grupos excluidos o estigmatizados por la sociedad o el Estado, componen también una *infrapolítica* que busca tanto huir como entrar en relación con los ámbitos de los cuales escapan o con los cuales combaten, y esto es así por consideraciones estratégicas.

Realizar acciones desde el piso de la sociedad implica un trabajo político recurrente en contextos concretos de dominación, en los cuales se crean espacios de lucha arrebatándole terreno al enemigo (De Certeau, 1984); espacios que deben ser constantemente ganados y defendidos mediante un repertorio de estrategias. La estructura de la *infrapolítica* es, pues, informal, transito-

ria, alejada de la institucionalidad (Scott, 2012). Sus principales características son, como hemos visto, la movilidad, la complicidad, la dispersión y la acción colectiva microscópica que, condicionada por distintos factores estructurarles que buscan formalizarla, capturarla o borrarla, puede también enganchar con acciones públicas, abiertas y duraderas en distintos momentos y situaciones. El contacto estratégico y la huida pueden, en este sentido, anteceder, acompañar o proseguir repertorios de actores más amplios y visibles como los movimientos sociales.

La infrapolítica, sostenemos, supone tipos de acción colectiva basados en compromisos temporales que se construyen en diferentes contextos, a través de los cuales se combinan medios y fines a lo largo de relaciones variantes establecidas entre una multiplicidad de actores. La propuesta que quiero aplicar aquí, cuya función es servir de base conceptual para el estudio de la infrapolítica en la acción colectiva contenciosa, deriva de una concepción pragmatista de la acción, la cual supone que las orientaciones normativas de actores en contextos diferenciados son posibles debido al aprovechamiento de los medios que ofrece el mismo contexto, empleados situacionalmente para resolver los problemas que los actores enfrentan. En estos términos, la infrapolítica de contacto y huida supone tanto el plantearse frente, y resolver en, contextos sumamente adversos para la movilización y la organización, como el construir y perseguir fines que representan proyectos alternativos al orden que se increpa y que se ajustan temporalmente como producto de la resolución recurrente de problemas.

En otro lugar (Aranda, 2015), cuyo apoyo está en las aportaciones de algunos autores —como Joas (1991) y Calhoun (1991)—, se señaló que los fines de la acción pueden considerarse en función de los resultados prácticos de acciones concretas y no desde su deber ser, como parece muchas veces exigirse en el caso del neozapatismo cuando se le piensa como un ejercicio de pureza moral. El fin o proyecto de este movimiento, sostendré también aquí, sólo puede ser el resultado de la reflexión y la práctica colectivas acerca de las dificultades que encuentra la acción orientada. El contacto, la huida y el combate al Estado o a sectores dominantes de la sociedad se deben, pues, abordar en consideración de las relaciones situadas, temporal y contingentemente, que componen a este actor colectivo en distintas escalas (locales, regionales, nacionales y transnacionales). Bajo esta guía, expondré la infrapolítica del neozapatismo en Alemania, en consideración a los elementos de la acción colectiva que intervienen en la formación de compromisos que ajustan de manera continua medios y fines en un contexto extremadamente adverso.

Resta decir que estudiar la infrapolítica supone también considerar que la resistencia de los actores no es siempre progresiva o teleológica, sino el resulta-

do de apropiaciones y recodificaciones (Butz y Ripmeester, 1999; Bayat, 2000) que incluyen también aspectos relacionados con el poder y la dominación al interior de las relaciones entre quienes resisten (Vinthagen y Johansson, 2013; Hollander y Einwohner, 2004; Bayat, 2000). La infrapolítica, en el contacto y la huida, es siempre heterogénea y contingente (Johansson y Vinthagen, 2014).

LA CAPTURA Y LA HUIDA (Y EL COMBATE) EN LA ALEMANIA UNIFICADA

Hoy día, Alemania es el país con la cuarta economía del planeta y la mayor en Europa, tiene la representación más grande dentro del Parlamento Europeo y cuenta con el banco central del continente. Su contribución militar y policiaca al mundo se concentra sobre todo en la otan y la onu. El país concentra también a un número bastante grande de migrantes en todo el orbe, por lo que destaca una gran cantidad de extranjeros y refugiados.

Políticamente, Alemania es una república federal democrática parlamentaria cuya instauración es producto de una historia convulsa. La Segunda Guerra Mundial significó para el país la destrucción de su industria e infraestructura, el quiebre económico, el destierro de millones de personas, la pérdida de cerca de 25 por ciento de su territorio, la ocupación de fuerzas extranjeras, así como la desmoralización de una nación que quedó dividida en dos países (Handabaka, 2004; Rodríguez, 2004).

No diremos mucho aquí sobre el pacto federal establecido después de la unificación del país, en octubre de 1990, cuya configuración territorial y costos, tanto económicos como poblacionales para sus distintas regiones, han sido documentados por varios autores (Aguirre, 1999; Diez, 2001; Handabaka, 2004). Interesa más bien detallar ahora el proceso de exclusión de la izquierda extraparlamentaria, producto de la conformación de un sistema político altamente formalizado que fue el resultado de las experiencias negativas para la protesta en ambas repúblicas, cuyos resultados determinaron la infrapolítica de contacto y huida de los actores neozapatistas en el país.

En general, el trato que el Estado alemán, a través de sus diferentes gobiernos, coaliciones y políticas económicas, ha dado a las distintas formas de protesta, después de la unificación, no puede entenderse sin la relación que desde la cabeza de ambas repúblicas se estableció con los disidentes antes de 1990. Durante la República Federal (Occidental), se pueden caracterizar, de acuerdo con Della Porta (1999), cinco periodos políticos en donde se implementaron distintas estrategias y grados de contención y negociación de la protesta: 1) el conservadurismo de la era Adenauer en los cincuenta y principios de los sesenta del siglo pasado, 2) las contradicciones de la llamada Gran Coalición

(formada por el Partido Socialdemócrata y la Unión Demócrata Cristiana) a finales de los sesenta, 3) el reformismo de principios de los setenta, 4) la vuelta parcial al conservadurismo de Schmidt al término de esa década y 5) la tolerancia a la protesta en los años ochenta.

En esos periodos, distintos actores, con repertorios de acción dependientes de los procesos políticos en el Estado, empujaron diversas formas de protesta social y política. De manera tendencial, las bases sociales de tales movilizaciones estuvieron compuestas por sectores de las clases medias emergentes, los cuales echaban mano tanto de acciones legales y no violentas como la presentación de peticiones, de estrategias de confrontación y desobediencia civil, como bloqueos u ocupaciones y, en algunos casos, de la violencia abierta como el asesinato político (Koopmans, 1993).

Y es que los distintos gobiernos de la república tuvieron varias posiciones y maneras de lidiar con las protestas de acuerdo a los contextos por los cuales atravesaba el país; así, durante el primer periodo, se consideró a la disidencia como una amenaza al orden público a la que se reprimió bastante bajo el pretexto de la Guerra Fría (Della Porta, 1999). Después, con la Gran Coalición, en donde los socialdemócratas formaban por primera vez parte del gobierno después de la guerra, la actitud hacia las protestas fue igualmente negativa, particularmente frente al movimiento estudiantil al que se llegó a considerar como infiltrado por la República Democrática (Oriental) y a sus integrantes como violentos anarquistas (Della Porta, 1999).

Desde entonces, la socialdemocracia desarrolló una intolerancia acentuada hacia las protestas bajo la premisa de que el Estado y sus instituciones eran los únicos medios legítimos para participar en la vida política, desarrollando posturas de sospecha ante los grupos que intentaran empujar por fuera de dichos canales.¹ Evidentemente, este hecho produjo que las aspiraciones utópicas –de revolución y gobierno del proletariado– de las clases medias radicales que componían muchos movimientos, no pudieran ser integradas a los nuevos arreglos institucionales (Markovits y Gorski, 1993).²

1 Para Kauffman, existieron en Alemania dos formas de desactivar las movilizaciones durante ese periodo como parte del proceso de institucionalización de la protesta: permitir la formación de organizaciones y procedimentalizar el conflicto político (1999, p. 108).

2 Es en este periodo de comienzos de los años sesenta del siglo xx, donde se puede ubicar el nacimiento de la izquierda extraparlamentaria alemana, una serie de actores que, al ser excluida por la izquierda institucional que asumió la ideología anticomunista, transfirió sus demandas políticas de transformación del capitalismo a una coalición de intelectuales radicales, prácticas contraculturales, movimientos feministas y de ocupación (Katsiaficas, 2013), por la liberación del Tercer Mundo y a varios elementos lumpenproletarios del Primero (Markovits y Gorski, 1993).

Las coaliciones que los estudiantes fueron conformando con otros actores, frente a este contexto adverso, empujaron demandas que exigían el cese de la represión, así como la democratización de un sistema político con tintes autoritarios. La respuesta a estas exigencias durante los años de Willy Brandt, en el periodo posterior, flexibilizó el trato del gobierno ante los inconformes. Para esos años, la coalición gobernante permitió más concesiones al derecho de manifestarse, otorgó amnistía a los presos políticos y modificó criterios penales ejercidos frente a los contendientes.

No obstante, tras los atentados terroristas de inicios de los setenta, producto del declive de los movimientos radicales, y de la agresiva campaña de la democracia cristiana, las acciones frente a la protesta se volvieron a endurecer. Incluso, los mismos principios constitucionales sobre el impedimento de que cualquier grupo, por mayoritario que fuera, minara los principios democráticos de la república –pensando en el nazismo–, fueron usados contra los manifestantes mediante la suspensión de sus derechos civiles, la persecución legal y la ilegalización de grupos considerados como peligrosos (Della Porta, 1999).

Por otro lado, hechos como el crecimiento económico, posible por las medidas de corte keynesiano que sentaron las bases del aumento salarial de la clase trabajadora, así como la reforma social implementada en los programas destinados a las clases medias, impactarían también, de forma negativa, en los planes de actores más radicales. Éstos últimos fueron minimizados por ese entonces gracias a la continuada institucionalización de otros protagonistas de la izquierda, quienes comenzaron a explorar las vías legales abiertas a la participación.³

Sin embargo, pese a estas reformas de carácter positivo, el deterioro ecológico que comenzaron a dejar entrever las políticas de crecimiento de la socialdemocracia, así como la desilusión del electorado hacia el partido por su cooperación legislativa con los demócrata-cristianos, lanzaron a las calles a grupos antinucleares, ecologistas, pacifistas, autónomos, feministas y pro desarme quienes no sólo reactivarían las protestas, sino que se tornarían más radicales. Frente a estos retos, el gobierno de Helmut Schmidt volvió a endurecer las respuestas a tal punto que muchos acusaron un abierto autoritarismo, expresado en los registros domiciliarios ilegales, en las detenciones y en la erección de barricadas o murallas para contener las protestas en las ciudades (Della Porta, 1999; Rucht, 1999).

3 En el transcurso de los años de los setenta y ochenta, el proceso de institucionalización de las protestas ocurrió por la cooptación de los partidos a los movimientos y por la participación cada vez más amplia en las movilizaciones de actores profesionalizados como las ong, los sindicatos y los mismos partidos (Koopmans, 1993), protagonistas todos ellos que no recurrían a vías radicales de protesta para ganar favores del Estado y de los medios de comunicación.

Finalmente, hacia los años ochenta, el arribo de una nueva coalición de gobierno flexibilizaría nuevamente las respuestas. La negociación y la tolerancia del Estado se manifestaron en la actitud asumida frente a la ocupación de casas en ciudades como Berlín, en la permisión de protestas contra obras públicas como la del aeropuerto de Frankfurt o frente al bloqueo de vías férreas conseguidas por el movimiento antinuclear, así como en la flexibilización de cara a los actos de denuncia e inconformidad que se desplegaron en reuniones multilaterales como las del Banco Mundial (Della Porta, 1999).

En cuanto al legado de la República Democrática (Oriental) al sistema excluyente posterior a la unificación, podemos señalar sólo algunos rasgos breves de trato a las protestas llevadas a cabo por un Estado de partido único fuerte y cohesionado frente al cual no existió un disenso importante durante sus 40 años de gobierno (Oberschall, 1999). Para empezar, el control por parte del partido de la maquinaria estatal consagrado en la centralización de la economía, suponía la supresión de “libertades burguesas” como las de derecho a huelga o de imprenta que no tenían razón de ser en un Estado de obreros y campesinos (Martín de la Guardia y Pérez, 1995).

Durante el régimen socialista, las acciones de vigilancia y represión emprendidas en contra de la disidencia política se manifestaron también en la infiltración de la policía secreta (la *Stasi*) en reuniones, en la intervención de comunicaciones, en la requisición de imprentas, así como en la imputación de penas severas a los detenidos (Oberschall, 1999). Sin embargo, esta dureza se vería mermada posteriormente con el debilitamiento del régimen entrados los años ochenta. Así, a la incapacidad del Estado por asignar recursos y solventar necesidades, se sumó el escepticismo entre la población de cara a los supuestos logros del socialismo, al retroceso del nivel de vida de la población y la consideración, generalizada entre la sociedad, de que el sistema de dominación era exógeno, provocado en su origen y dirigido desde su instauración por intereses ajenos a los nacionales (Martín de la Guardia, 2011).

Ante el descrédito de las clases políticas y empresariales, cuyos intereses cupulares se satisfacían mediante la corrupción, así como frente al descontento de una población que veía en la división entre las repúblicas algo artificial y limitante, el régimen comenzó a introducir los elementos de cambio político, acentuado por la presión internacional, el abandono de Moscú y la gravedad económica experimentada en el país (Martín de la Guardia, 2011).

En este escenario de cambio, la disidencia política cobró una fuerza importante. Pese a las diferencias internas, que tuvieron un impacto negativo frente a una población depauperada que buscaba huir del país (Kamenitsa, 1998), la oposición logró emprender enormes movilizaciones como las que tu-

vieron lugar en Leipzig, acciones que rebasaron los intentos reformistas del gobierno y de algunos intelectuales de la propia oposición. Pronto, las protestas comenzaron a pedir no ya la democratización del régimen sino la unificación de los países (Oberschall, 1999), la cual tuvo lugar después de la disolución del *Politburó* y de la renuncia del secretario del partido.⁴

La Alemania que resultó de la unificación de las repúblicas dio entonces lugar al predominio de un sistema constitucional federado y de partidos que convive con el enorme poder e independencia de estados y regiones asimétricas. En el nuevo sistema político, altamente formalizado, las opciones de la disidencia se encontrarían en adelante sólo en el aprovechamiento de las vías institucionales, sean las de las cámaras en el parlamento o las de los tribunales administrativos, empleados de forma exitosa por el movimiento antinuclear (Rucht, 1999). En este sentido, la ausencia de vías informales que posibilitaran el influir por fuera del sistema impidió la hechura de concesiones a la disidencia política. El lado represivo del sistema político alemán, heredero de la mano dura de las repúblicas y aplicado incluso por la izquierda parlamentaria en el gobierno, implicaría que aquellos que se manifestaran, o quisieran incidir por fuera de los canales formales disponibles, encontrarán una fuerte represión.

Estos intentos de captura y exclusión del Estado de la izquierda extraparlamentaria se acentuaron con la entrada del país al modelo neoliberal bajo los gobiernos de Kohl y Schröder. El desmantelamiento del Estado de bienestar y los ajustes desreguladores exigidos por el nuevo modelo, tuvieron repercusiones negativas no sólo en el aumento de la pobreza y el desempleo, sino en el declive del poder político de los sindicatos. La precarización de amplias capas de la población, que alcanzan hoy día incluso a zonas de la Alemania industrial bajo el modelo neoliberal (Shoshan, 2011), está acompañada del resurgimiento de movimientos políticos xenófobos y de medidas antiinmigración que no sólo impulsan las fuerzas políticas de la extrema derecha, sino también el centro político demócrata cristiano, con el falso pretexto de la violencia criminal y la crisis demográfica (Rodríguez, 2004; Shoshan, 2011).

Toda esta serie de cambios que ejercen más procesos de exclusión hoy día, va de la mano, paradójicamente, con el control que ejerce Alemania sobre la Unión Europea; un poder expreso después de la crisis de 2008 que en parte se sostiene por la dependencia de las economías periféricas (como la española o la griega) que necesitan del beneplácito alemán para el otorgamiento de cré-

4 Durante el proceso de cambio político, la actividad de una oposición dividida no pudo mantenerse en pie frente al aumento del desempleo, la desregulación y la entrada de los partidos occidentales, la cual marcaría la transición del centro del juego político de la sociedad civil a las elecciones (Kamenitsa, 1998).

ditos a cambio de la imposición de sus controles financieros, lo que ha traído el derrumbamiento no sólo económico sino social de esos países (Beck, 2012).

Para la izquierda extraparlamentaria, esta serie de procesos negativos, producto de la historia reciente de aquel país, la situó en una posición estigmatizada y excluida, ya que el Estado no ha dejado de cooptarla o criminalizarla, de ser ignorada por gran parte de la sociedad y los medios de comunicación de acusarla de ir contra los principios democráticos de la Alemania moderna (Katsiáficas, 2013).

LA INFRAPOLÍTICA DEL NEOZAPATISMO ALEMÁN: CAPTURA, HUIDA Y COMBATE ANTICAPITALISTAS

Antes de dar pie a la explicación de la infrapolítica de un sector del movimiento neozapatista en este país, cabe señalar aquí qué entendemos por neozapatismo, enfocándonos sobre todo en su dimensión transnacional. En el estudio de Leyva y Sonnleitner (2000), bastante referido, el neozapatismo se define como un movimiento civil que converge con las aspiraciones sociales y políticas que ha enarbolado el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), a partir de su irrupción pública en 1994. El estudio detalla que la suma de movilizaciones ciudadanas y populares con el movimiento sociopolítico-militar, sin compartir las tácticas de lucha armada, dio lugar a una red basada en alianzas caracterizada por la pluralidad de intereses, voluntades e identidades que inscribieron al movimiento en un campo de contradicciones y tensiones irresueltas. El neozapatismo es, pues, un movimiento multifacético, polisémico y contingente.

En su lado civil, con una dinámica distinta de organización a la seguida por el EZLN y sus comunidades indígenas bases de apoyo, el movimiento cobra la forma de redes descentralizadas e inestables que cambian en cada coyuntura enfrentada por esas alianzas, las cuales comparten como constante con la parte chiapaneca la dimensión simbólica y utópica de un proyecto de cambio (Leyva y Sonnleitner, 2000). En los cinco tipos ideales de neozapatismo civil que se identifican en ese estudio (agrarista, democrático-electoral, indianista-autónomo, revolucionario-alternativo e internacionalista-antineoliberal), mismos que habría que revisar y repensar hoy, nos concentraremos en adelante en este último, enfáticamente en el ideal antineoliberal.

Más allá de entrar en el debate de si la red neozapatista en una escala que cruza países y continentes es internacional (Leyva y Sonnleitner, 2000) o transnacional (Olesen, 2005; Rovira, 2009), lo que podemos decir es que en estas alianzas ha confluído una heterogeneidad de actores y actrices cuya acción política se centra en múltiples campos. En principio, lo que permitió el articularse fue la oposición al avance de las políticas neoliberales (Leyva y

Sonnleitner, 2000). El entusiasmo notable que causó el neozapatismo, cuyas características veremos más adelante, se sostuvo al comienzo por estrategias de comunicación emprendidas por actores con un grado importante de autonomía, orientadas al intercambio de información y la construcción de significados que eventualmente daban lugar a repertorios coordinados de acción, sin resultar esto en estructuras organizativas fijas ni anclajes permanentes (Rovira, 2009).⁵ De esta red de la cual se benefician todavía tanto el EZLN como sus comunidades indígenas bases de apoyo, surge una idea de solidaridad que:

Suele referirse al compromiso político, a la promesa compartida de una responsabilidad de unos por otros, sin la cual no puede haber acción colectiva. Se trata a la vez de una promesa laxa, propia de una red, no de una organización formal. Es una solidaridad que se construye desde el antagonismo, mediante significados compartidos que prefiguran un enemigo común (Rovira, 2009, p. 229).

Esta noción de la red resulta problemática cuando contrastamos algunas experiencias de las cuales daremos cuenta en este apartado. Pero, antes de pasar a su exposición, mencionaremos cómo es que esta convergencia de actores individuales y colectivos empieza a articularse en Alemania. Como en otros lugares (Aranda, 2014), la red de apoyo a Chiapas comenzó en 1995 con la convergencia de colectivos antifascistas, de solidaridad con América Latina, de experiencias de ocupación, de organizaciones del anarcosindicalismo, así como de agrupaciones y personas que surgieron para apoyar expresamente al EZLN, esfuerzos colectivos cuyo trabajo fue el construir canales de comunicación para coordinarse por todo el país y, eventualmente, por varias partes de Europa (Aranda, 2017). Además de seguir el tema neozapatista en Chiapas, acompañándolo con una variedad notable de eventos de protesta en varias ciudades del país, de lo que se trató fue de emprender formas de autonomía en el propio contexto alemán. El involucramiento en acciones de solidaridad, y el emprendimiento de proyectos en el país, hizo que estos actores se integraran como una red, la cual se acopló con otras que, en diferentes latitudes, componen todavía hoy al neozapatismo.

5 Thomas Olesen (2005) identifica seis fases en el desarrollo –hasta 2004– de la red transnacional del movimiento. Para el autor, en las relaciones que componen estas alianzas se pueden distinguir dos redes: una latente compuesta por activistas y organizaciones cuyas actividades estaban estrechamente conectadas con los eventos en Chiapas y México o con iniciativas específicas lanzadas por el EZLN; y una más estable y politizada que encuentra inspiración en las propias iniciativas de los activistas y las organizaciones, así como en el marco de la crítica democrática radical del EZLN al neoliberalismo.

La red neozapatista alemana, de acuerdo con varios testimonios,⁶ atravesó por dos grandes etapas: la primera, de 1995 a inicios de 2000, se caracterizó por una efervescencia manifiesta en numerosas actividades; la segunda, de 2003 en adelante, se enfocó en reestructurar la red tras un periodo de latencia con el propósito de continuar con la denuncia, el intercambio de información y la solidaridad con las comunidades indígenas neozapatistas y con otras luchas en distintas latitudes, incluida la propia.⁷ En lo que toca a los colectivos de los que daremos cuenta en este artículo, insertos en contextos adversos que les llevan a enfrentar distintos problemas ante los cuales emprenden repertorios de acción colectiva infrapolítica, señalamos que muchos de sus integrantes experimentaron o experimentan todavía las condiciones adversas que referimos en el apartado previo.

Muchos de los colectivos de la red alemana provenían o nacieron de experiencias de trabajo político colectivo en edificaciones ocupadas en donde se pertenecía a distintas agrupaciones y se realizaban acciones con distintas causas locales, nacionales e internacionales. Las militancias múltiples se enriquecían con viajes e involucramientos frecuentes que reforzaban aprendizajes, aspiraciones y convicciones políticas entre muchas de las personas pertenecientes a la red neozapatista en el país. Los colectivos, dado el importante número de causas en las que se involucraban, se dieron para operar estructuras dispersas y fluctuantes de hasta una veintena de integrantes que funcionaban mediante asambleas recurrentes, una división rotativa del trabajo, la horizontalidad y el consenso. Estos espacios y esfuerzos anticapitalistas tuvieron o tienen distintas fuentes de financiamiento cuyo criterio común es la autogestión. Sea mediante

- 6 Los testimonios que aparecen en este artículo se extrajeron de una investigación cualitativa más amplia que tuvo lugar entre 2010 y 2016. El diseño metodológico consistió en la realización de un estudio comparativo en tres países (México, Estado español y Alemania) en los que se entrevistó a integrantes y ex integrantes de varios colectivos de las redes neozapatistas europeas sobre varias coyunturas políticas por las que atravesó el movimiento en México y Europa con el propósito de entender sus formas de articulación.
- 7 Como se señala en otro lugar (Aranda, 2014), el pico de actividad del movimiento en Europa se alcanza a inicios del nuevo milenio, dado el declive posterior que se experimentó por los efectos de la aprobación de la reforma en materia de derechos y cultura indígena en México en 2001, que tenía muy poco o nada que ver con lo firmado previamente en los Acuerdos de San Andrés en 1996. El periodo de reflexión interna en el que entró el EZLN, la labor que supuso la continuación del trabajo organizativo interno de las comunidades indígenas por autonomías *de facto* en territorio rebelde, y la falta de cobertura mediática al movimiento, afectaron la actividad de las redes civiles en varias partes del mundo. En Alemania, los colectivos que sostuvieron la red fueron aquellos con un anclaje político muy fuerte en el contexto propio. En la nueva etapa, además del trabajo solidario en el neozapatismo, se priorizaron en el relanzamiento de la red estatal el trabajo con luchas locales, continentales y con otras de distintas partes del mundo, como en los casos de la solidaridad con Palestina y el Kurdistán. Los intentos de dar periodicidad a las reuniones de la red, de financiarla, de reforzar y ampliar sus contactos, de autogestionarla, así como de sostener una revista, fueron una constante con efectos políticos importantes (Aranda, 2017).

aportaciones personales, la organización de un sinnúmero de eventos, la captación de fondos solidarios de otras agrupaciones de la misma red o la participación de programas de fundaciones u ong, los colectivos adquirirían recursos materiales para emprender sus acciones.

Los recursos simbólicos con los cuales sus integrantes orientaban u orientan sus acciones colectivas provienen de la mutualidad practicada y experimentada según los principios del antiautoritarismo, la descentralización y la acción directa, por mencionar algunos, muy difundidos en el contexto de la izquierda extraparlamentaria alemana. Como hemos dicho, han sido muchas las actividades emprendidas, a lo largo de dos décadas, desde este país en favor tanto del movimiento como de otros esfuerzos colectivos que tienen lugar dentro y fuera de aquel país, actividades que son posibles mediante la combinación de esos recursos simbólicos y materiales cuya efectividad depende, en gran medida, de las orientaciones de la acción colectiva proveniente del neozapatismo en Chiapas. Algunas de ellas emergen con el objeto de huir de la represión estatal, mientras que otras mantienen relaciones ventajosas con las entidades que promueven su exclusión; sin embargo, todas las acciones persiguen construir un proyecto político alternativo al orden social al cual se oponen los protagonistas (Aranda, 2015).

Si dejamos de lado las actividades que tienen su foco de atención en el apoyo al movimiento en Chiapas o en el soporte a otros esfuerzos contenciosos fuera del país,⁸ para centrarnos en las actividades de contacto y huida en la propia región o en el Estado, podemos ver con mayor detenimiento el funcionamiento estratégico de la infrapolítica neozapatista alemana, de cuyas bases organizativas nos ocuparemos en breve. Respecto de las actividades de huida, entre otras muchas, señalamos la impartición de talleres sobre formas de armar colectivos de autogestión, editoriales, de derechos humanos o de apoyo emocional a activistas que sufren la detención policial, el desempleo, el desalojo o la violencia machista; la puesta en marcha de huertos colectivos, comedores populares, escuelas de cine independiente y proyectos de educación popular; el trabajo político en centros sociales o edificios ocupados con base en la autogestión, el autofinanciamiento y el asamblearismo; el respaldo a proyectos ya existentes de vivienda alternativa; y el establecimiento de tiendas de distribución feminista libertaria y anarquista.⁹

8 Entre tales actividades destacan la organización de conciertos y fiestas de solidaridad, la venta de artículos o café de comunidades rebeldes, la difusión de información, el trabajo en redes globales de comercio justo, el envío de brigadistas, la movilización frente a consulados y embajadas, así como la irrupción y denuncia en distintos eventos (Aranda, 2014).

9 Estos esfuerzos por emprender espacios, adscritos a las actividades propias de las redes de comercio justo,

Proponer e impulsar estas formas de organización por fuera del Estado implica también la apertura de espacios de socialidad horizontal desde los que, muchas veces, se llegaron a entablar alianzas efímeras que podían escapar, momentáneamente, de los intentos de los ayuntamientos o partidos políticos de capturarlas. En una actividad, llevada a cabo en 2007 en Münster, en contra de los recortes al gasto público que se presentaban en el plan de gobierno del ayuntamiento en la ciudad, la negación a la captura puede seguirse en el testimonio de un activista:

Esa acción fue especial porque la gente sólo conocía la política de los partidos o las formas de participar que te impone el gobierno [refiriéndose a los mecanismos de participación ciudadana del Estado]. No importaba que estaba gente de los partidos, nosotros les dijimos, como dice la Sexta [Declaración de la Selva Lacandona]: no hay que confiar en los partidos y no hay que dar nuestra voz en un voto, tenemos que ir más para allá de esa izquierda en Münster. Entonces propusimos reuniones abiertas que nadie quisiera ser un líder, nos movilizamos y logramos que el ayuntamiento quitara parte de las reformas. Sin darse cuenta, la gente pudo hacer un frente grande que se manifestó y llamó la atención de mucha población. Aunque luego unos lo vieron como derrota porque no nos aliamos al partido [al socialdemócrata] o no hicimos una organización formal; no lo vieron como el pequeño éxito que fue, un espacio donde todos tuvieron voz y se sensibilizaron por los problemas del otro-otra (Entrevista, marzo de 2013).

Por otra parte, tanto la huida en el movimiento como la construcción endeble de alianzas, a menudo manifestaron el ejercicio de la represión. Como estrategias radicales del Estado contra los activistas, hasta la fecha, está el encap-

ilustran también la huida de circuitos comerciales dominantes. En el caso del café, por ejemplo, las tiendas de distribución deben tener como requisito para participar un trabajo político importante dentro de la lucha extraparlamentaria alemana; señala una activista: “La tienda en Freiburg vende ropa de comercio justo. La tienda en Düsseldorf vende libros políticos, entonces es una librería de la izquierda; entonces todos a los que damos nuestro descuento [en el café] son proyectos, vamos a decir, de la izquierda. Y eso es importante, no queremos que los supermercados vendan nuestro café. Hasta ahora, vamos empezando y preguntando caminamos” (Entrevista, agosto de 2013). La distribución de café es importante porque, además de ilustrar la huida mediante formas de comerciar alternativas a las de los mercados mundiales capitalistas de grano, ilustra puntos de uso o contacto estratégico con el Estado y otros sectores. El caso de una cooperativa en Hamburgo, cuyos integrantes provienen de la tradición anarcosindicalista, muestra que poseer un estatus jurídico, le permite tener acceso a recursos estratégicos. Como sucede en otros casos, se pagan impuestos, se participa de fondos de cooperación, pero sin renunciar a una crítica y práctica política de huida. En este caso, la cooperativa, que responde al proyecto político de un colectivo, está por encima de la estructura legal. Según uno de sus integrantes, el ejercicio del pensamiento político se aplica a asuntos económicos propios de una empresa. La venta del café, señala, es sólo un recurso más entre otros que buscan vincular al colectivo con otras luchas (ver Aranda, 2014).

sulamiento y hostigamiento policiaco en acciones de protección a migrantes, así como la agresión física y la detención en las manifestaciones;¹⁰ y entre las estrategias “suaves”, se encuentran principalmente las identificaciones y el levantamiento de multas tras la movilización en distintos eventos.¹¹ Los colectivos muchas veces también fueron blanco de la desacreditación de la población misma, expresada al realizar diversas actividades como el teatro callejero o el bloqueo a sucursales y oficinas bancarias.

Como parte de las estrategias de contacto, la infrapolítica del movimiento en Alemania a menudo se ha expresado en la participación de los sistemas de subsidios al desempleo de varios activistas; en las convocatorias para obtener recursos a través de programas de cooperación internacional que se canalizan a las comunidades o se emplean en la organización tanto de giras de personajes del movimiento por el país como de conferencias o pláticas; en el aprovechamiento de espacios universitarios y docentes donde se difunde el proyecto y se invita al involucramiento; en las alianzas con las fundaciones de los partidos políticos de la izquierda parlamentaria; así como en la negociación con los ayuntamientos, a menudo tensa por los intentos de gentrificar, de las tasas de alquiler de viviendas ocupadas.

Incluso, en varias ocasiones, estas tácticas de contacto produjeron una cierta tendencia a la institucionalización de las alianzas de los colectivos y de sus prácticas. Por una parte, el vínculo que se mantenía con ong profesionalizadas para mandar activistas a Chiapas con el propósito de documentar la situación de los derechos humanos y de otorgar acompañamiento a las bases zapatistas de apoyo, estableció una serie de contactos estables de los cuales se aprovechó su infraestructura, redes y recursos para emprender actividades centrales para los colectivos. Por otra, la participación financiera que se llegó a establecer con algunas organizaciones, a través de donaciones para llevar a cabo las actividades relacionadas con la distribución de café, cambió las formas de trabajo conduciéndolas a cierta profesionalización, expresa en el estatus

10 Señala un activista al referir estas medidas violentas: “Te dan el discurso [los policías] de tus garantías, de tu seguridad, pero si no cooperas te llevan, y si te resistes un poco, te presentan cargos como agresor al Estado; te echan en los ojos gas o te dan choques eléctricos, que no son considerados en la legislación alemana como armas. Claro, al ser Alemania un vendedor de armas y equipamiento policiaco y militar, se dice: ‘necesitamos estas armas y este equipo para protegerte, para proteger tus derechos humanos; es bueno así producir este armamento para protegernos’” (Entrevista, abril de 2013).

11 Respecto de estas medidas “suaves”, resulta interesante la comparación que realiza una activista entre las formas represivas ejercidas en la República Federal y las llevadas a cabo hoy día: “Veinte años antes, te detenían, te tomaban fotos, te rompían los dedos si no querías dejarte tomar las huellas, te ponían en aislamiento, te torturaban [como le hicieron a ella]. Pero hoy es diferente, te toman la retina, la forma de tu cara y las medidas biométricas. Hoy, la policía trata de ser más amable, más comunicativa, pero igual te pegan si no hiciste caso de su diplomacia; de alguna manera, la desobediencia la justifica” (Entrevista, abril de 2013).

jurídico que como cooperativas guardan ante el Estado.

Hasta este punto, resulta relevante señalar que tanto las estrategias de huida como las de contacto tomaron forma a partir de una tradición de luchas previas a las cuales el levantamiento neozapatista sumó elementos. Gran parte de los repertorios de los cuales echan o echaron mano los colectivos –como las ocupaciones, por ejemplo– provienen del legado de la tradición autónoma manifiesto en los movimientos antinuclear, antimilitarista, contra el patriarcado y contra la especulación urbana, esfuerzos que, como ha señalado Juris (2008), destacaron los principios del antiautoritarismo, la descentralización, la autogestión, la acción directa y la independencia de los partidos políticos, como indicamos previamente. A estos esfuerzos, sumamos las prácticas provenientes del antifascismo, de la solidaridad con América Latina, de la protección a migrantes, así como de las redes anarcosindicalistas europeas con un trabajo importante en el emprendimiento de cooperativas autogestionadas. Tomadas en su conjunto, las acciones infrapolíticas de contacto y huida muestran que los propósitos del movimiento social se persiguen a través de repertorios dependientes de las posibilidades que el contexto permite, difícil en este país por la elevada institucionalización de la protesta, la descalificación al extraparlamentarismo de izquierda y la dura represión contra este sector.

EL PROYECTO NEOZAPATISTA Y LA INFRAPOLÍTICA DE LA RESISTENCIA

La actividad política de la que hemos dado cuenta hasta ahora –que necesita de la huida y del contacto con el Estado para el combate por un proyecto– no sería posible sin bases organizativas que contestan o ignoran los imperativos institucionales estatales o que establecen relaciones ventajosas con sus adversarios. De manera general, los colectivos de apoyo alemanes, que son o fueron parte del neozapatismo, funcionan mediante asambleas periódicas cuyo número es fluctuante dados los distintos niveles de compromiso de sus miembros, quienes pertenecen a múltiples esfuerzos contestatarios o padecen necesidades de la vida diaria (desalojo, subempleo o desempleo, por ejemplo) que hacen intermitente su activismo en esta parte del movimiento en Europa (Aranda, 2014).

El trabajo político en estos espacios organizativos es predominantemente horizontal y rotativo. La labor cotidiana en los colectivos o grupos de trabajo permite también, entre otras cosas, la adquisición y desarrollo de habilidades y capacidades (hablar en público, organizar un bloqueo, por citar algunos casos), así como el disfrute de solidaridad (compañerismo o apoyo emocional) que no está presente en otros espacios diarios como el empleo o el vecindario. En este aspecto, es importante contrastar estos aspectos benéficos con el testimonio de

la exclusión experimentada por estos actores:

Aquí [en Alemania] se intenta destruir a todo el mundo, destruir la confianza en cualquiera. Se destruye la esperanza en este país, se piensa que no se puede hacer la revolución aquí, que quizá en Sudamérica, pero aquí nunca. Es esto lo que pedimos, la esperanza; estamos solos y aislados (Entrevista a un integrante de un colectivo en Frankfurt, abril de 2013).

La oposición al sistema se ve enriquecida por la inspiración que encuentran los miembros de los colectivos en el neozapatismo en Chiapas, producto no sólo de la lectura o de la socialización en los mismos grupos o redes, sino de sus viajes al territorio rebelde. Para que este aprendizaje y enriquecimiento sean posibles, los actores se apoyan también en la infraestructura de organizaciones profesionalizadas (como ong de solidaridad) que coadyuvan en concretar el acercamiento más allá de las fronteras.

En otro lugar se han señalado los procesos que conllevan a la construcción de este proyecto societal, que representa el neozapatismo como movimiento amplio (Aranda, 2015), mas quisiera señalar aquí que dicho proyecto es resultado tanto de la búsqueda de direcciones (la autonomía, la democracia, la dignidad rebelde) que orientan la acción por fuera de un orden social impugnado (el capitalismo), como de la subscripción colectiva de compromisos y de la resolución reflexiva de retos organizativos que habilita los ideales que conforman tales direcciones. Este señalamiento cobra importancia porque el mismo proyecto –en el cual pasado, presente y futuro se articulan como tiempos sociales– sirve para fortalecer la resistencia de los actores y la práctica de su infrapolítica. Recuerda un activista de Frankfurt sobre los aprendizajes obtenidos tras su asistencia al Primer Encuentro por la Humanidad y contra el Neoliberalismo:

1996 cambió mi vida totalmente. Los que estuvimos aprendimos a mirarnos unos a otros, que no necesitábamos partidos o Estado, que la lucha no era sólo contra el gobierno sino contra el sistema del neoliberalismo y lo que eso significaba: que el cambio de las luchas depende del cambio del sistema (Entrevista, abril de 2013).

Ya que la infrapolítica, según apuntamos en el primer apartado, no es progresiva ni pura, y dado que las orientaciones de las acciones se dan en contextos diferentes –de los cuales se aprovechan recursos empleados para resolver problemas, lo cual puede, en el camino, reproducir la dominación o legitimar

al Estado-, las estrategias de contacto funcionan igualmente para construir el proyecto neozapatista.

En Hamburg, por ejemplo, una cooperativa de comercio justo financia sus actividades no sólo de la venta de café neozapatista, que comercia junto con grano proveniente de otros proyectos en Centroamérica, sino de donaciones que se consiguen de proyectos de cooperación que lanzan algunas organizaciones o asociaciones. El gobierno de la cooperativa, que se da desde el colectivo que le dio origen a fines de la década de 1990, a menudo toma decisiones que profesionalizan y formalizan su proceder, lo cual muchas veces genera debates y negociaciones constantes entre sus integrantes acerca del rumbo y los proyectos a llevar cabo.

La dinámica de esta empresa, que cuenta con un estatus jurídico frente al Estado, no necesariamente cambia su visión ni postura o trabajo político; apunta uno de sus integrantes sobre las relaciones que se tejen desde el comercio justo como forma de resistir al capitalismo en el continente: “Y con esos productos [aceites, tomate, pasta] comenzamos porque es en Europa del sur donde está el enfoque del capitalismo salvaje más ahora, y ahí queremos hacer cooperativismo en esos países como una alternativa al desempleo o al empleo precario y pues entramos en eso” (Entrevista, agosto de 2013).

REFLEXIONES FINALES

El neozapatismo, como red amplia de convergencias contingente, ha tenido a lo largo de los años una dimensión infrapolítica que opera latente e intermitentemente en las grandes movilizaciones y expresiones de solidaridad. En Alemania, un conjunto de actores ha tratado de llevar adelante un proyecto político, sustentado en habilitadores morales como la dignidad, la horizontalidad o la autonomía, mediante luchas a pequeña escala que pretenden hacer zapatismo en casa, de cara a un enemigo común con múltiples rostros. El eznl y sus comunidades de bases de apoyo, que también han sido objeto de críticas notables dentro de las redes del movimiento,¹² representaron una nueva opor-

12 Como en otras latitudes, las iniciativas, las prácticas y las relaciones que ha emprendido el neozapatismo chiapaneco han sido blanco de duras críticas provenientes de otros sectores del movimiento, muchas de las cuales han llevado a expulsiones, castigos o separaciones voluntarias. En Alemania, tal como en Europa, se han señalado las relaciones preferenciales que establece el EZLN, la poca reciprocidad o consulta con las que se conduce en muchas ocasiones y lo cambiante y difícil de seguir que resulta la política del EZLN y de las bases indígenas de apoyo. La dimensión moral de las alianzas también ha producido una asimetría producto de la romantización y de la desvalorización de los propios esfuerzos de lucha, cuando se les compara con la autoridad de la parte del movimiento en Chiapas, lo que lleva muchas veces a la falta de cuestionamiento o crítica. El trabajo de elaboración crítica también se puede observar en la misma red europea, de la

tunidad para construir proyectos alternativos que las corrientes de la izquierda clásica en Europa, se dice, no pudieron alcanzar. El movimiento abrió nuevas oportunidades y espacios de encuentro que permitieron reelaborar prácticas de resistencia ya experimentadas. El entusiasmo desatado por el neozapatismo, que invitó a otras formas de vivir y relacionarse, permitió también el despliegue de estas luchas colectivas que, en el uso estratégico de muchos recursos y oportunidades lejano a la pureza moral de un anticapitalismo coherente e impoluto, abriera formas de acción comprometidas con cambios societales que siguen en marcha después de dos décadas de vida pública.

En este artículo, hemos aportado elementos que pueden enriquecer el concepto de infrapolítica, extensible ahora al estudio de la acción colectiva contenciosa y los movimientos sociales. De forma evidente, este esfuerzo requiere de replicabilidad y no deja de ser un ensayo sustentado en algunas pruebas empíricas. A pesar de ello, se propone que el concepto funcione de cara a circunstancias, relaciones y prácticas cambiantes dentro de contextos históricos particulares en donde el desafío público al poder del Estado resulta peligroso dadas la exclusión o la estigmatización de formas de movilizarse y organizarse abierta y sostenidamente. La infrapolítica prefigura los movimientos de resistencia por venir mientras les permite a sus actores, en contextos difíciles, mantener su capacidad de agencia (Marche, 2012).

Evadir la represión o combatir el desprestigio en escalas pequeñas que generan cambios políticos desde el piso de la sociedad, supone tener claro que en las estrategias o tácticas de los actores se concilian medios y fines de la acción social dentro de contextos diferenciados de los cuales se aprovechan recursos (relaciones ventajosas con el adversario, entre ellos) para resolver necesidades o problemas. Este aspecto contribuye, asimismo, al armado de proyectos societales constantemente ajustados por el cambio social. Esto implica, por tanto, que la infrapolítica no es una estrategia universal ni una forma de acción coherente (Johansson y Vinthagen, 2014). La contingencia de la infrapolítica puede entonces no representar metas ideales que conlleven a una especie de objetivo o libertad finales, como apuntan ciertos autores, pero sí supone la continuidad de un trabajo de resistencia y de reproducción de las condiciones que hagan de esa lucha algo posible (Butz y Ripmeester, 1999).

Finalmente, la atención a las acciones colectivas infrapolíticas en el neozapatismo puede ayudar a complementar y enriquecer el énfasis en el aspecto moral o normativo que se encuentra en gran parte de la literatura sobre el

cual se denuncian el oportunismo de muchos integrantes, el aislamiento de otras luchas no anticapitalistas o la falta de compromiso o de capacidad de ejecución de acciones, por ejemplo.

movimiento (Khasnabish, 2007; González Casanova, 2003; Ceceña, 2001; De Angelis, 2000; Holloway, 1998), el cual ha recibido diversos matices y críticas (Andrews, 2011; Estrada, 2010; Pleyers, 2010). La consideración al contacto estratégico con el Estado o con segmentos dominantes de la sociedad, provee también de relaciones ventajosas que se mantienen vitales para construir el mundo de marcada inspiración alternativa que los actores y actrices proponen a partir de la resonancia generada en y por el movimiento. El compromiso con un proyecto, en un contexto sumamente difícil, no excluye la combinación de medios y fines que constantemente se ajustan en la acción colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, P. (1999). *Alemania. Sistemas políticos y electorales contemporáneos*, núm. 3. México: Instituto Federal Electoral.
- Andrews, A. (2011). How Activists “Take Zapatismo at Home”. South-to-North Dynamics in Transnational Social Movements. *Latin American Perspectives*, 38(1), 138-152.
- Aranda, M. (2017). El neozapatismo europeo: trayectorias y actuaciones contenciosas en Alemania y el Estado español. En F. García (Coord.). *Movimientos sociales en México y Latinoamérica* (pp. 181-200). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Aranda, M. (2015). Reivindicar la utopía. Una apuesta pragmática del concepto desde el neozapatismo. *Sociológica*, 30(85), 101-129.
- Aranda, M. (2014). *¡Si nos tocan a unx, nos tocan a todxs! Un estudio sociológico sobre la solidaridad en el neozapatismo: 1994-2013* (Tesis de doctorado). México: El Colegio de México.
- Bayat, A. (2000). From “Dangerous Classes” to “Quiet Rebels”. Politics of the Urban Subaltern in the Global South. *International Sociology*, 15(3), 533-557.
- Beck, U. (2012). *Una Europa alemana*. Barcelona: Paidós.
- Butz, D. y Ripmeester, M. (1999). Finding Space for Resistance Subcultures. *Invisible Culture. An Electronic Journal for Visual Studies*, 2.
- Calhoun, C. (1991). Morality, Identity, and Historical Explanation: Charles Taylor on the Sources of the Self. *Sociological Theory*, 9(2), 232-263.
- Ceceña, A. (2001). Por la Humanidad y contra el Neoliberalismo. Líneas centrales del discurso zapatista. En J. Seoane y E. Taddei (Comps.). *Resistencias mundiales (De Seattle a Porto Alegre)* (pp. 131-140). Buenos Aires: clacso.
- De Angelis, M. (2000). Globalization, New Internationalism and the Zapatistas. *Capital & Class*, 24(1), 9-35.
- De Certeau, M. (1984). *The practice of everyday life*. Los Ángeles: University of California Press.
- Della Porta, D. (1999). Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta. En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (pp. 100-142). Madrid: Istmo.
- Diez, J. (2001). Diez años de unidad alemana. Reconstrucción económica e integración nacional de los Länder orientales. *Investigaciones Históricas*, 21, 357-382.
- Estrada, M., Viqueira, J. (coords.) (2010). *Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista. Microhistorias políticas*. México: El Colegio de México.
- González, P. (2003). Los “Caracoles” zapatistas: redes de resistencia y autonomía. *Memoria*, 176, 335-354.
- Handabaka, O. (2004). El sistema político alemán: balances y retos. *Elecciones*, 3, 225-248.

- Hollander, J., Einwohner, R. (2004). Conceptualizing Resistance. *Sociological Forum*, 19(4), 533-554.
- Holloway, J. (1998). Dignity's Revolt. En J. Holloway y E. Peláez. *Zapatista! Reinventing Revolution in Mexico*. Londres: Pluto Press.
- Joas, H. (1991). Interaccionismo simbólico. En A. Giddens y J. Turner. *La teoría social hoy* (pp.112-154). México: Alianza, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Johansson, A., Vinthagen, S. (2014). Dimensions of Everyday Resistance: An Analytical Framework. *Critical Sociology*. Consultado en <https://www.nonviolent-conflict.org/wp-content/uploads/2014/01/Johansson-Vinthagen-Dimensions-of-Everyday-Resistance-2014.pdf>
- Johansson, A., Vinthagen, S. (2013). "Everyday Resistance": Exploration of a Concept and its Theories. *Resistance Studies Magazine*, 1.
- Juris, J. (2008). *Networking Futures. The Movements against Corporate Globalization*. USA: Duke University Press.
- Kamenitsa, L. (1998). The Process of Political Marginalization: East German Social Movements after the Wall. *Comparative Politics*, 30(3), 313-333.
- Katsiaticas, G. (2013). *La subversión de la política. Movimientos sociales autónomos europeos y la descolonización de la vida cotidiana*. México: uacm.
- Kauffman, F. (1999). Normative Conflicts in Germany: Basic Consensus, Changing Values, and Social Movements. En P. Berger (Ed.). *The Limits of Social Cohesion. Conflict and Mediation in Pluralist Societies* (pp. 84-112). Boulder: Oxford.
- Khasnabish, A. (2007). Insurgent imaginings. *Ephemera*, 7(4), 505-525.
- Koopmans, R. (1993). The Dynamic of Protests Waves: West Germany, 1965 to 1989. *American Sociological Review*, 58(5), 637-658.
- Leyva-Solano X., Sonnleitner, W. (2000). ¿Qué es el neozapatismo? *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, VI(17), 163-202.
- Marche, G. (2012). Why Infrapolitics Matters. *Revue française d'études américaines*, 131, 3-18.
- Markovits, A., Gorski, P. (1993). *The German Left. Red, Green and Beyond*. Nueva York: Oxford University Press.
- Martin de la Guardia, R. (2011). Claves sociales de las transiciones democráticas en la Europa del Este. En Ch. Quiroza y R. Muñoz (Eds.). *La sociedad española en la transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador* (pp. 93-106). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Martin de la Guardia, R. y Pérez, G. (1995). *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días*. Madrid: Síntesis.
- Oberschall, A. (1999). Oportunidades y creación de marcos en las revueltas de 1989 en el Este de Europa. En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (pp. 143-181). Madrid: Istmo.
- Olesen, T. (2005). *International zapatismo. The construction of solidarity in the age of globalization*. New York: Zed Books.
- Pleyers, G. (2010). El altermundismo en México. Actores, culturas políticas y prácticas contra el neoliberalismo. En I. Bizberg y F. Zapata (Coords.). *Los grandes problemas de México, VI. Movimientos sociales* (pp. 361-395). México: El Colegio de México.
- Rodríguez, J. (2004). *La extrema derecha europea*. Madrid: Alianza.
- Rovira, G. (2009). *Zapatistas sin fronteras. Las redes de solidaridad con Chiapas y el altermundismo*. México: Era.
- Rucht, D. (1999). El impacto de los contextos nacionales sobre la estructura de los movimientos sociales: un estudio comparado transnacional y entre movimientos. En D.

- McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.). En *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (pp. 262-287). Madrid: Istmo.
- Shoshan, N. (2011). La gestión del odio y la tolerancia en la Alemania neoliberal: un proyecto de investigación etnográfica. *Estudios Sociológicos*, 29(86), 713-729.
- Scott, J. (2012). *Two cheers for Anarchism. Six easy pieces on Autonomy, Dignity and Meaningful Work and Play*. New Jersey: Princeton University Press.
- Scott, J. (2009). *The art of not being Governed. An anarchist history of upland Southeast Asia*. New Heaven: Yale University Press.

Fecha de recepción: 30 de mayo de 2018

Fecha de aceptación: 24 de octubre de 2018